

Cruz y raya en los libros

Escribe: ERNESTO CORTES AHUMADA

BOGOTA, INSTITUTO DE ESPECIALIZACION TECNICA EN EL EXTERIOR. Recursos y requerimientos de personal de alto nivel; Colombia: 1964-1975. Bogotá, Talleres Gráficos del Banco de la República, [S. F.] 246 p.

Debemos resistir la tentación de simplificar lo que no es simple. Lejos, pues, me hallo de querer despachar con dos o tres frases ingeniosas, y en un mal alarde de comprensión simpática (1), el enorme problema que nos plantea este documento. Porque él nos hace pasar bajo las horcas caudinas de la cultura colombiana. Así, enormemente así. Turbulencia, ignorancia, histrionismo, miseria, violencia, falta de autenticidad (2) de las clases dirigentes, chabacanería de todos, son los vicios arraigados, elementales, que esta publicación nos debe hacer recordar, y que, de hecho, nos va haciendo emerger de la memoria a medida que avanzamos en su lectura. El libro, en efecto, se contrae a un solo aspecto del problema, o sea a describirnos lo que se conoce en las teorías del desarrollo económico con el nombre de “deficiencias de la acumulación de capital humano”, y, claro está, a ofrecer un programa de inversión educativa —dicho también conforme al vocabulario de aquellas teorías—; pero no obstante esa limitación, uno va recordando las otras dimensiones negativas de la educación nacional. Y ello debido precisamente a que, dada su tremenda envergadura cualquier estudio bien hecho —y este lo es sin duda— de uno de sus flancos lo excede con facilidad, pese a las técnicas pretensiones que se puedan tener de hacer un enfoque rigurosamente parcial. Sin salirse de la vida mecánica de nuestra civilización, de su punto de vista cuantitativo, nos obliga, por eso a meditar primero en nuestra “vida viviente”, y luego en nuestra cultura. Como a Don Quijote, a este trabajo del Instituto Colombiano de Especialización Técnica en el Exterior derramósele la melancolía por el corazón: a él que cual el personaje de *Tiempos difíciles* rehusaría incluir entre sus ambiciones lo que no sea “hechos, nada más que hechos”. ¡Quién lo creyera!

El caso es que aquellos vicios elementales alteran diariamente la esperanza, la pena, la compasión, la alegría, el rencor, la vergüenza, la simpatía, la ternura y las otras innumerables fuerzas del sentimiento que

componen nuestra "vida viviente". Por lo mismo, lo taciturno, trabajador y reservado, lo afable, lo cortés del grupo cundinamarqués-boyacense; la franqueza y altivez, así como la laboriosidad e independencia del santandereano; la alegría, la parla generosa, la paz y despreocupación del costeño; el comercio, la transhumancia, la vivacidad, la costumbre hogareña de Antioquia y Caldas; el temperamento hospitalario, honesto, las costumbres sencillas, la vida pastoril del núcleo tolimense-huilense; la hidalguía y el romanticismo de los caucanos; el tradicionalismo del nariñense o hispanoquillancinga, y en fin, el arrojo, la agilidad, el estoicismo, la suma franqueza del llanero. En otras palabras: las características que distinguen a nuestra comunidad carecen ahora del sentido radical y plenario que tuvieron quizás hace unos cuantos años. Esta sub-valoración de la vida espontánea de Colombia es, al cabo, la misma que los periódicos combaten a veces. "...cuando los nexos entre el hombre y el medio tradicional en que ha vivido, gozado, sufrido y progresado —escribía hace poco uno de ellos, elogiando una campaña contra "la desnacionalización de los colombianos"— se relajan un tanto, se corre el riesgo de las desintegraciones y de la disolución nacional. Para eludir el peligro —continuaba— es bueno y sabio promover de cuando en cuando los vínculos nacionalistas de buena ley y exaltar nuestras íntimas aptitudes para crear y conservar lo nuestro". Pero conste: aquí, merced a la cotidianidad de estas palabras de un periodista, el querer es un mero desear. O sea un "querer fracasado". Luego volvamos a lo nuestro, a nuestra meditación; decir, a la necesidad de subrayar que dentro del actual clima vital colombiano las envidias, los rencores, los resentimientos se dan con carácter anormal. Pues los sentimientos matrices y las secreciones de energía auténtica del pueblo colombiano han perdido "un tanto" —para utilizar el mismo énfasis del periódico— su unidad funcional.

Quisiera gritar desde acá el motivo de aquella des-unidad funcional. Pero quien grita jamás piensa, y por eso conviene irlo deshilvanando sin aspavientos. Como diría un extraordinario ensayista español, nos falta la potencia fundente y efusiva de la cultura que mantenga siempre dispuesta nuestra fluidez social, "azuzándola en todo sentido, alerta y vivaz". Porque, en verdad, se trata de la ausencia de coordinación de todo aquello mediante lo cual el hombre se eleva sobre sus condiciones animales. Y, por consiguiente, no se trata de defender menesteres tan dignos de atención como son la idea sacrosanta de la erudición y la lectura de los clásicos. No, no; Max Frisch ha hecho notar que personas que habían participado algunas veces con pasión y comprensión en los llamados bienes culturales se habían encargado tranquilamente de la **praxis asesina** del nacional-socialismo. O sea que tales bienes culturales —erudición, clásicos, música, literatura, etc.—, no son culturales en cuanto sean solo tales bienes. Ocurre, con efecto, que una auténtica noción de la cultura equivale a compararla con un campo de fuerzas, donde si se congela en sus categorías fijas, es decir, en el espíritu, la naturaleza, la soberanía o la acomodación se hace ella misma regresiva. De ahí que sea menester urgente hacer ver que el clima de seudoformación, los usos mostrencos y cosificados con carácter de mercancía cultura, según se les defiende en nuestro medio como agentes de una inmediata redención nacional, carecen de dinamismo, de aire público para conducir positivamente, aislados, al país.

Tanto, que hoy sabemos bien cual ha sido el ningún hondo papel de esas formas de cultura dentro de la actividad histórica del país. Por ejemplo: hasta ahora los críticos especializados en la materia siguen mirándose en el gran espejo de la perplejidad cuando se preguntan, en medio de una pura incertidumbre y de un deficiente aparato instrumental, si la novela colombiana ha evolucionado. Para quien piensa que la perfección de la narración se halla fuera de ella, en su cara *ad extra*, claro está que ha evolucionado. ¿Cómo, ciertamente, desconocer que desde *María*, y pasando por *Frutos de mi tierra*, *De sobremesa*, *La vorágine*, *Pax*, *El hombre bajo la tierra*, *Cuatro años a bordo de mí mismo*, *Una mujer de 4 en conducta*, *La ciudad y el viento*, *Hojasasca*, *El día señalado*, *En Chimá nace un santo* (3), hasta los últimos premios y contrapremios la novela colombiana se ha modificado? Y, sin embargo, hay que negar tal cambio una vez se estudie a la novela nacional, alojada dentro de las tendencias orgánicas de un sistema, o, lo cual da lo mismo, no como elemento autónomo, sino como fenómeno interdependiente en el sistema de relaciones funcionales de la total estructura social de la Nación. Yo siento mucho afirmarlo. Por fortuna, alguien antes de mí lo ha visto, aunque sin haber franqueado la definitiva conclusión. Pues poco más o menos atribuye esa anquilosis íntima a cualidades y tendencias nacidas exclusivamente en y de la novela. Esto es, que hace de la parte el todo, y viceversa. De este modo: “no es dable, escribe, acudir con ese objeto al concepto evolutivo —tal como lo ha hecho Antonio Curcio Altamar en su obra *Evolución de la novela en Colombia*— a no ser que él emplee simplemente en el sentido externo, o sea de historia literaria. Mas no en el interno, pues no es posible descubrir una concatenación armónica entre los diferentes períodos de su desarrollo, entre las corrientes que han predominado en las distintas épocas” (subrayado mío, por razones obvias fundadas en tales en y de).

¿Lo veis? Nuestra cultura carece de interdependencia entre sus partes; por tanto, que cada una, de espaldas al conjunto, anda como rueda loca. La expresión es certera: todos los colombianos en alguna ocasión, aun así sea cuando nos aprieta la moneda ladrona, nos preguntamos y repreguntamos para donde va el poder, para donde va la riqueza, para donde va la vida en las ciudades, pueblos y campos nuestros. Y por esta razón levantamos una tolvanera de cogitaciones. ¿Qué estamos haciendo? ¿Qué padecemos y producimos? ¿Qué piensa nuestro mestizo de las tierras altas? ¿Y el boga surto en los grandes ríos colombianos? ¿Cuál es nuestra textura moral y cultural? ¿De cuáles ingredientes definitivos nos componemos? ¿Cómo se traducen, en el área civilizada, nuestras ambiciones primarias? En suma ¿quiénes somos los colombianos de hoy? Unas y otras manan aquí y allá. Pero la verdad es que ni siquiera hemos podido diferenciar los falsos interrogantes de los auténticos. ¿Por qué? No creo que sea más fácil y elemental la respuesta. Sin duda, a esto: a que precisamente nuestra cultura carece de esa relación de conjunto. ¡Hay que ver! Seguimos siendo lo que he llamado con un poco de guasa la nación de la alpargata a chorro. Gracioso contrasentido literario, y en la realidad, en nuestra vitalidad diaria e histórica, muy diferente: es el aparejar, mezclando el agua con el aceite, una edad cronológica semimedieval (4) y un tiempo social propio del siglo XX. Es encontrarse, por debajo de todo esto, ante una cultura desvaída, cernida. Pero adviértase nuevamente; para entender

tal desarticulación cultural debe evitarse confundirla con cualquier clase de sutileza literaria o escarceo científico. O el ir a creer que aquel siglo es perfecto.

Comparaba la cultura con un campo de fuerzas, y dicho cotejo nos hará comprender —aparte de lo que el lector habrá ya adivinado por lo que vengo meditando— su realidad dentro de un país. Según esto, ella es la que confiere claridad, y más que claridad, arquitectura al desdén, a la generosidad, al humor, a la singularidad, a la altivez, a la sorna, a la astucia, a la devoción, a las creencias, al pensamiento y a las grandes o pequeñas excentricidades de un pueblo. O con otras palabras: a la suma de pasiones y de inteligencias, de intereses y de deseos que conforman su carácter racial. Lo cual nos lleva a extraer, dentro de la meta que me propongo alcanzar en este ensayo, una evidencia irrefutable, a saber: la cultura en sus aspectos fundamentales es imposible planearla, sometiéndola a cauces infranqueables y normativos. ¿Cómo, en efecto, conducir, prospectándolos matemáticamente hasta en sus más nimios detalles, los ímpetus originarios del alma, cómo poder calcular que para un año X la curiosidad y el coraje, el amor y el odio, la capacidad intelectual, el deseo de triunfar en el mundo, las maneras de gozar y de sufrir, la memoria, la imaginación, la moralidad y aun la creación artística y el pensar científico de los habitantes de determinada nación, estarán controlados en un A o B% por las fuerzas productivas espirituales y que ostentarán tal cociente de energía básica? De ahí que siempre que se han proclamado planes de cultura apenas se ha logrado fomentar una mecánica cultural, mas no propiamente a la cultura: han nacido bibliotecas, salas de concierto, escuelas, paraninfos, universidades, colegios, revistas, etc.; es decir, factores que a pesar de su carácter cultural son, en rigor, realidades subculturales o paraculturales. Toda vez que cultura significa, y en última instancia, decantación de potencias primigenias. Por esto yo creo profundamente sabio el pensamiento de Eduard Steuermann al expresar que cuanto más se hace por la cultura, tanto peor para ella. Paradoja esta digna de explicarse, pues ya habrá quien salga con la cacacenada colombiana de un... ¡que se quemen las bibliotecas! No; el pensamiento de Steuermann hace únicamente alusión a la inutilidad de planear y administrar a la cultura. Y todo eso por no haber querido entender algo que advirtió Ortega, con no menos sabia profundidad: “la vida no organizada —dijo— crea la organización”.

De ningún modo significa esto, empero, que lo mejor para el desarrollo de la cultura estriba en abandonarla a sí misma. Cualquiera podrá advertir, en tal evento, las dos consecuencias negativas que a las pocas vueltas ocasionaría este regreso a Robinsón Crusoe, o sea al “primitivismo” de Rousseau (5); comprendería que, antes de cualquier posible retorno al salvaje, perdería, abandonada a sí misma, la posibilidad de ejercer un efecto, y, a la postre, su propia existencia. Afortunadamente, tal interpretación no cabe aquí. Pues, y como el lector lo habrá notado, de mi discurrir se originan enfoques colaterales de la cultura. Merced a ello, se le puede ver bajo otro sesgo y, en consecuencia, afirmar: cultura específica es cabalmente lo sustraído a lo nudamente necesario para la vida, porque si ella ha de orientarla tiene que hacerse independiente. Lo cual significa, a su vez, dos cosas: primera, que ella se puede conducir como una unidad; segundo, que ese conducir no será, por tanto, cuestión de exclusiva y se-

parada manipulación estatal, regional, profesional, universitaria, técnica o cosa por el estilo. No se si alguien lo haya dicho; mas de todos modos, y con el objeto de acabar de redondear estos pensamientos, cultura equivale a educar desde el útero hasta el sepulcro. Y viceversa. Porque en la sociedad los muertos no matan, pero sí ayudan a los vivos. Educativamente hablando, podríamos sentar por verdad que cultura es la reclamación perenne de lo general frente a lo particular. ¡Es que ella, apuntando por encima del horizonte de la conservación de la especie, excluye e incluye al mismo tiempo las **cultural activities!** A fin de cuentas, una literatura, vr. gr., no se desarrolla solo como literatura.

A la cultura, pues, se le puede conducir como una unidad y, al propio tiempo, no se le puede planear o administrar. ¿Qué estoy afirmando, por ventura? ¿Algo contradictorio, en verdad monstruoso? Ciertamente no. Acostumbrados los colombianos a ver ciertos juegos culturales melancólicos y vacíos, a padecer ciertos regodeos estéticos y a vivir la cultura como una pasión individual, esto que vengo exponiendo, aun con sobra de aclaraciones y exceso de matices, tiene que parecer un frágil desliz de mi pensamiento. No hay duda: entre nosotros había —o hay todavía— unos organismos oficiales o semioficiales que la planeaban, y que la planeaban, es obvio, por sectores desligados del conjunto, dándonos así una cultura segmentada y en permanente colisión. Pero esto es lo que ahora no podemos admitir. Que “nuestra” cultura, cual vieja matrona romana, viva sentada en su casa y solo hile **domiseda, lanifica**. Nuestro tiempo, este tiempo que franquea a la civilización —en término medio— cinco veces más rápida que la etapa anterior, y que nos ha demostrado que no “descendemos” de los artrópodos, es tiempo de aventura, de conquista y de liberación. Debido a ello los colombianos estamos **también**, desparramados en una época de necesidades y apremios ubicuos, omnipresentes, universales; a los cuales se debe responder, si es que nos queremos salvar, con una cultura igualmente ubicua y univesral. Por esta razón, puedo citar este pensamiento de Max Korkheimer, concebido para la sociedad auténticamente contemporánea: “la tendencia de conjunto social y económico pulveriza la base material de la cultura tradicional de estilo liberal e individualista”. Y dada tal situación de pulverización no tenemos por qué sorprendernos ante la necesidad de ventilar el apremio impostergable de crear una cultura unitaria, para todos, que se pueda conducir, orientar, pero jamás planear. Se trata, en realidad de que, y teniendo en cuenta aquella tendencia del conjunto social y económico, las subculturas —universidades, bibliotecas, familia, Estado, constitución, gremio, técnica, etc.— se orientan parejamente, y a la vez, en esa misma dirección. No hacer cultura totalitaria, sino totalidad de cultura. La frase la considero exacta. Más exacto aún sería decir que ella, esa cultura dirigida al conjunto buscaría, eliminando conformismos, rutina mental y social, una plenitud de vida, donde no contraste la ignorancia, la incapacidad y la frustración individual y social de los muchos con la superioridad incompleta de los menos.

Necesitamos una **cultura esencial** que nos ampare de la cultura sentimental, de la cultura indisciplinada. Cosa que no equivale volver al humanismo de Caro, a las exquisiteces de Silva y de Valencia, o la oratoria de Gómez y de Gaitán. Ni a considerar el inconsciente, la fuerza elemental de

la vida. Por muy grandes que sean las teorías de Freud, hoy sabemos que la mayor parte del comportamiento individual —y desde luego del social— que él atribuyó al instinto, a la biología y a lo inmutable se origina en una cultura específica. Mas, a despecho de muchas rebeldías autollamadas de vanguardia, “victorianas” y profundamente pueriles, que en nuestro medio no han hecho sino ronronear en torno a las cosas viejas, esta transformación requiere el concurso de muchas inteligencias alertas, dispuestas a suscitar contra viento y marea nuevas y positivas realidades: a lograr una verdadera plenitud humana, Tal y como veo las cosas en Colombia esa desazón de almas inquietas no se le nota, sin embargo, por parte alguna. Nuestros pensadores por regla general se contentan con ser meros divagadores, cuando no traviesos diablillos de sacristán. Y pare de contar. He aquí una prueba: cabalmente en este libro del ICETEX, cuyos planteamientos han debido despertar siquiera un comentario. Quisiera equivocarme, pero ¿cuál es la razón para que se haya pasado como por sobre ascuas sobre sus planteamientos acerca de los colombianos económicamente activos, de la pirámide educativa de la Nación, de las tasas de retención en la educación primaria, de la visión del desarrollo del país, de su sistema educativo, del empleo de los recursos humanos de alto nivel, de las necesidades de una política integral para el desarrollo y de los mecanismos institucionales para una política de recursos humanos? ¿Por qué no se ha puesto el grito en el cielo, aquí donde se eleva por tanto motivo baladí, ante el hecho de que de 398.149 personas matriculadas en 1948, en el primer año de educación primaria solo llegaron a ser “doctores”, dieciseis años después, 613 colombianos? Nótese, por Dios: 613 privilegiados colombianos. ¿O en la circunstancia de copar un 64.1% el “personal no calificado”, o sin educación superior, de la distribución porcentual del empleo, como que los ingenieros y arquitectos, los abogados, los economistas, los contadores, los médicos y afines, y los “otros”, tienen 8.5%, 8.2%, 4.4%, 3.9%, 2.0% y 8.9%, respectivamente? Es más: ¿se ha detenido alguien —un defensor, por ejemplo, de la cultura adjetiva— a preguntarse si son válidas, absolutamente válidas, o al menos posibles, las recomendaciones allí escritas para el desarrollo de una política colombiana de recursos humanos? ¿No ignoraron sus realizadores, a este respecto, que uno de los grandes problemas actuales del país nace de la casi nula vinculación entre el sector privado y el público? ¿Bastará el modo de educar actualmente para formar un personal de alto nivel, siendo que la fórmula consiste en la absorción de más y más cabezas? Y eso olvidando, desde luego, los requerimientos en las disciplinas estéticas, morales e “intelectuales”, toda vez que sería injusto pedirle a un organismo de esta naturaleza cubrir todos los matices.

“De estos polvos vienen”... De modo que, hoy por hoy, existe un vacío respecto de las ideas del desarrollo social, y, tal vez debido a ello, ese no querer darle en él un papel definitivo a la cultura. Se olvida gravemente que esta tiene un doble carácter: “remite a la sociedad, y media entre esta y la seudoformación” (6). Después de todo, nuestra batalla en los próximos años ha de ser entre la especialización excesiva, la barbarie, las ideas nuevas y los nuevos porvenires. ¿Podrán, ciertamente, los futuros colombianos contentarse con vivir para hacer dinero, siendo apenas profesores, ingenieros, médicos, escritores, economistas, industriales, la-

bradores, comerciantes, militares, zapateros, albañiles, sastres, maestras, costureras, mecanógrafas, decoradoras? ¿Será esto su *hò aeì zetoùmenos*, lo buscado y anhelado por los colombianos?

N O T A S

(1) **O empatía.** Según Mario Bunge en su libro *Intuición y ciencia*, consiste en "la comprensión del comportamiento de otras personas imaginándose uno en su situación y sin la ayuda de la ciencia".

(2) "Para lograr un crecimiento económico armónico —dijo recientemente Hernán Jaramillo Ocampo— debe existir una solidaridad de esfuerzos, de sacrificios y de políticas entre esos lectores". Y más adelante: "Hoy en Colombia los distintos sectores están actuando en forma insular. Ni el Estado, ni los dirigentes de la opinión nacional, ni los partidos políticos, ni las organizaciones gremiales se han preocupado por crear un orden económico en el cual todos participen en común de los sacrificios y sean también copartícipes del beneficio social y económico". Luego señaló, y como consecuencia de lo anterior, "la conducta egoísta de las distintas fuerzas de la producción". "Hoy, agregó, cada uno de los grupos empresariales está organizando como estamento separado preocupado exclusivamente por sus problemas". Falta, pues, entre los sectores urbanos de la economía solidaria, o, cosa que viene a ser lo mismo, **autenticidad nacional**. ¿Y entre estos y el campo, o entre la economía y los demás segmentos nacionales? De 1958 a 1963, el sector agrario solo creció en 13.5%. En cambio, el manufacturero se elevó a un 35.8%; el comercio un 23.1%, y los transportes y comunicaciones, un 37.8%. Otrosí: en 1963 el producto bruto en los sectores no agrícolas fue de \$ 6.300, mientras que en el agrícola llegó a \$ 2.900. Lo cual, si se traduce al castellano, quiere decir que un trabajador del campo necesita un 40% más de horas de trabajo que hace 10 años, para comprar mercancías y cuanto necesite.

(3) En su orden los autores de estas novelas son: Jorge Isaacs, Tomás Carrasquilla, José Asunción Silva, José Eustasio Rivera, Lorenzo Marroquín con la colaboración de José María Rivas Groot, José A. Osorio Lizarazo, Eduardo Zalamea, Jaime Sanín Echeverri, Clemente Airó, Gabriel García Márquez, Manuel Mejía Vallejo y Manuel Zapata Olivella.

(4) En un libro delicioso de leer —*Muestras del Diablo*—, Pedro Gómez Valderrama anota que en los países subdesarrollados los inventos científicos, como la radio, la televisión, el automóvil, etc., han sufrido el "extraño destino" de caer en manos de los charlatanes; esto es, de la versión contemporánea del mago del ciclo arturiano, las brujas del *Nalleus Maleficarum*, el alquimista semiherético y el astrólogo de la edad media.

(5) Antes cité a Ortega y ahora a Rousseau. Cosa que haría parecer alguna proximidad entre la pedagogía de Emilio y la "educación de la espontaneidad" del autor de *La rebelión de las masas*. Por el contrario, toda educación para este tiene que ser positiva, teniéndose que intervenir en la vida espontánea o primitiva.

(6) De Theodor W. Adorno. Como se recordará, Adorno es uno de los mejores pensadores que están analizando la sociedad actual y, dentro de esta, el proceso de desidologización.